



El respaldo de la aviación resulta fundamental para las atenciones al cultivo. /Foto: Oscar Alfonso

Arroceros no recogen los bates

Con menos área sembrada por la falta de agua, Sur del Jíbaro se propone aportar más cereal que en la anterior cosecha

José Luis Camellón Álvarez

Quien mire el desolador panorama de la presa Zaza pudiera aconsejar a los arroceros de Sur del Jíbaro: recojan los bates, que ese juego está perdido. Cuesta creer que con el embalse enseñando casi todo el fondo pueda hablarse de cosecha del cereal en La Sierpe.

Claro, a la hora de plantar el arroz de frío la Zaza tenía un poco de agua para respaldar más de 8 000 hectáreas y finalmente el estirón de la siembra permitió llegar a 9 756, el 93 por ciento del plan de la campaña invernal.

El ciclo arrocerero de este período —incluye las cosechas de frío y primavera— prevé una plantación total de 12 902 hectáreas, superficie que cubriría el 43 por ciento del terreno dedicado al cultivo.

“Como el agua era escasa decidimos usarla en la campaña de frío porque los rendimientos en esta etapa son superiores en una tonelada a los de primavera”, comenta Orlando Linares Morell, director de la Empresa Agroindustrial de Granos (EAIG) Sur del Jíbaro.

De manera que para completar las cerca de 3 000 hectáreas del programa anual de plantación se depende, más que de la Zaza, del cielo, porque el proyecto de los 40 pozos para utilizar agua subterránea —en espera del arribo de las bombas— debe comenzar a explotarse a fines de año.

Es tanto el anhelo del agua que cabría pronunciar la célebre frase: ¡Ábrete sésamo!; mas, Orlando Linares acude a otra expresión que, a la luz de hoy, casi implora lo mismo: “Tiene que llover”. Su optimismo radica en que no se pierde tiempo en la preparación de tierra y lo que falta por plantar se puede sembrar en un mes desde que tengan las condiciones.

ABRIL DESPERTÓ LA COSECHA

En los primeros días de abril arrancó la recolección del grano y al paso de dos semanas la cosecha comienza a levantar el ritmo con la incorporación de la mayoría de las unidades, en tanto, el diseño de la contienda concentra el 70 por ciento de la producción en las Unidades Básicas de Producción Cooperativas (UBPC) y el resto, en las Cooperativas de Créditos y Servicios.

A juicio del director de la EAIG, se ha buscado compactar la siembra en bloques para tener mejor aprovechamiento del riego de agua, más organización y eficiencia en el empleo de la maquinaria, la aviación y las cosechadoras, a la vez que se favorece el trabajo agrotécnico y existe mayor seguridad con la utilización de los productos químicos.

Sur del Jíbaro planifica producir este año

unas 30 000 toneladas de arroz consumo, sobre la base, señala la propia fuente, de que unas 12 000 toneladas no dependen directamente de la cosecha, sino del excedente que aportó sobrecumplir el rendimiento agrícola en la pasada campaña y ello permitió a la entidad guardar en silos unas 19 000 toneladas de arroz cáscara.

Los recortes que últimamente ha impuesto la escasez de agua a la producción de arroz no han hecho más que despertar la cultura de apearse a las normas de consumo y también abrir estrategias de trabajo para el mejoramiento de la infraestructura arrocerera.

Raúl Hernández Negrín, especialista de Riego en la empresa, considera importante la recuperación del 80 por ciento de las obras de fábrica y mecanismos hidrorreguladores porque se trata de lograr mayor productividad del agua.

DEL LOTE A LA INDUSTRIA

Para Gualberto Saucedo Bandomo, jefe de lote en la UBPC Mapos, esa estructura de producción facilita mejor atención al cultivo, toda vez que ha permitido crear en los colectivos una cultura arrocerera.

“El lote da muchos resultados, estabilidad en el personal, cada cual sabe lo que tiene que hacer y, desde la preparación de la terraza hasta llevar el grano al secadero, todos los pasos son determinantes”.

Aunque la cosecha recién ha comenzado y es temprano para realizar valoraciones, Pedro González Guerrero, jefe de Producción en la propia UBPC, opina desde su experiencia: “El arroz que se siembra en noviembre no suele rendir mucho; sin embargo, el que ya hemos picado despunta con un rendimiento de 5.5 toneladas por hectárea, la aspiración es llegar a 6, en eso mucho tiene que ver que la arrocerera vive el mejor momento en la calidad de la semilla”.

En el plano industrial prosigue una amplia agenda de inversiones, modernización y desarrollo para garantizar más capacidades en los procesos de secado, molinado y almacenamiento.

Una planta priorizada en la ruta inversionista es el secadero Los Españoles, donde se labora este año en la obra civil con vistas a instalar después tres silos que elevarían las posibilidades de guardar arroz seco, la tradicional limitación en esta industria, según Leonardo Puentes, director de la unidad.

La escasez de agua no tiene cruzados de brazos a los productores de arroz en La Sierpe y, si bien han disminuido los aportes del cereal, el bajón productivo es aprovechado para transformar la infraestructura agroindustrial; tanto, que la empresa ha ejecutado trabajos e inversiones en los últimos años por un valor superior a los 100 millones de pesos.

El clamor que estremeció a Leandro

Leandro Lima aún recuerda aquel grito de pueblo voceado y repetido por mil gargantas en el trayecto a Girón: “¡No los dejen pasar!”, “¡No los dejen pasar!”...

Pastor Guzmán Castro

Con apenas 21 años entonces, el joven Leandro de la Caridad Lima Rimbau recibió como un shock cuando escuchó a su mamá allá en la localidad camagüeyana de La Vallita, donde vivía, exclamar con una mezcla de azoro y preocupación: “Mira, acaban de decir por radio que están bombardeando los aeropuertos”...

Aquella noticia fue para Lima Rimbau, alumno del segundo curso de la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas, quien se encontraba de pase en su casa, como un llamado urgente al combate, de ahí su respuesta tajante: “Entonces prepárame la ropa, que me tengo que ir, porque la orden que tenemos es que si se produce cualquier movimiento amenazante o agresión enemiga debemos reincorporarnos de inmediato”.

A su arribo al centro, en la tarde de ese propio día 15 de abril —refiere— aquello era un hervidero, pues corrían mil rumores y se tomaban medidas organizativas en espera de instrucciones, prácticamente ya en alarma de combate. El 16 por la tarde se escuchó por la radio la transmisión del entierro de los mártires y el discurso de Fidel, que declaró el carácter socialista de la Revolución.

“El amanecer del 17 de abril fue para nosotros totalmente distinto a lo acostumbrado, pues el ‘jefe pie!’ no convocó esta vez a los rutinarios ejercicios matutinos antes de desayunar para ir a las aulas y polígonos, sino que se dio ya en estado de guerra, seguido por un torrente de instrucciones y órdenes. Como la escuela no contaba con transporte propio, nos

dieron la tarea de requisarlo.

“En cumplimiento de esa misión salimos a la carretera a parar todos los carros que pasaran, en especial camiones y camionetas, que luego introducíamos en el perímetro de la escuela. Acto seguido se fue montando el personal y partimos en dirección a la zona de acciones combativas en la Ciénaga de Zapata.

“Cuando aquello no había la red vial que hoy existe, no se había hecho la autopista ni nada parecido, así que fuimos por la Carretera Central a salir a Aguada de Pasajeros hasta doblar hacia el central Australia. Fueron momentos muy duros porque cuando salimos para el frente de combate, allí estaba la población al lado de la carretera gritándonos: ‘¡No los dejen pasar!’”, “¡No los dejen pasar!”, con un dejo de urgencia que por mi juventud no pude comprender del todo.

“Menos de dos horas después avistamos las altas chimeneas del central Australia. Hacia allí afluyeron otras unidades de infantería, sobre todo de milicias, pero nos percatamos de que todo nuestro equipamiento —el de los alumnos de la escuela— eran fusiles FAL, ametralladoras BZ y algunas granadas, y los demás, apenas metralletas y fusiles checos. No contábamos con armas pesadas.

“Sin embargo, algo que nos dio mucha moral combativa fue que en el central se reunieron el Comandante Fidel Castro, José Ramón Fernández y prácticamente todos los dirigentes principales del país y eso te da confianza, te da valor. Hay que decir que después del batallón 339 de Cienfuegos, la primera unidad que se enfrenta a los invasores fue nuestra Escuela de Responsables de Milicias. Del Australia salimos con la

misión de quitarles Pálpite y Soplillar a los paracaidistas mercenarios.

“Allí todo era difícil. Avanzábamos por la carretera, en columna de uno en fondo por ambas orillas, con la ciénaga y el pudridero de agua y fango por las dos cunetas. Nos acechaba el peligro de los mercenarios emboscados, pero también los ataques de los aviones enemigos, que los veías pasar por arriba de ti, rociando a veces la carretera con sus ametralladoras y cañones y no había con qué tirarles en ese momento. Después fueron llegando los cañones de 37 milímetros y las Cuatro Bocas...

“Íbamos avanzando y llegó un momento en que sentí miedo, pero no de cobardía, entonces me pregunté: ¿será posible que me puedan matar aquí y yo no logre tirar ni un tiro?, y puse el selector del FAL en ráfaga, y cuando pasó el B-26 bajito —que le veíamos hasta los remaches—, me dije: bueno, yo por lo menos le voy a disparar un depósito lleno a este cabrón. No me puedo morir sin tirar.

“Los compañeros allí formaron una algarabía tremenda, pero cuando el avión volvió a pasar, ya no fui yo solo el que tiró, sino el pelotón completo, y un pelotón de FAL tirando al mismo tiempo en automático es algo impresionante. El aparato tuvo que elevarse y perderse de allí. Ya para entonces empezó a llegar la artillería, que sin pérdida de tiempo fue emplazada y comenzó a batir a los invasores. El volumen de fuego nuestro y la falta de valor del enemigo los hicieron emprender la retirada...

“Al llegar a Playa Larga, todavía había allí combates, pero eran más débiles y esporádicos. El enemigo retrocedía rumbo a Girón. Por esta parte estuvimos desplegados, pero al poco rato nos dijeron que las misiones asignadas a la escuela se habían cumplido, y que debíamos retirarnos, pues otras unidades nos habían relevado.

“Cuando regresábamos, ocurrió de nuevo el fenómeno de hacía solo unas pocas horas, ya que al desfilar por las mismas localidades y caseríos allí estaba ese pueblo en la calle con cara de fiesta dándonos las gracias, porque los invasores mercenarios no habían podido pasar. Con el tiempo nos percatamos del tremendo significado de aquel hecho. En otras partes no pudieron lograrlo y su gente tuvo que pagar un precio terrible”.



“Nos llegó a la vida aquel grito unánime del pueblo”, afirma Leandro. Foto: Vicente Brito